

Entraron los músicos y levantaron el contrabajo, desenvainaron un trombón, un violín, un pistón y flauta.

El contrabajo lanzó el mismo quejido que le había arrancado Julia con el pié; tanto que ella lo reconoció, y recordó la escena que acababa de pasar.

Los músicos, después de templar sus instrumentos y conociendo que la concurrencia todavía no estaba dispuesta á bailar, tocaron la overtura de Guillermo Tell.

Todavía no llegaban ni los diputados, ni el General, ni Rosalitos.



## CAPÍTULO X.

LA sala había quedado completamente iluminada. De un par de candelabros de 24 luces, que el General había comprado en un remate, se desprendían haces luminosos que, arrancando al tapiz blanco y oro de la pared reflejos metálicos, arrojaban como una cascada de hilos de plata sobre el vestido rosa pálido de Julia. Parecía que adrede algunas de las velas esteáricas del candelabro estaban enviando rayos directos á los párpados superiores de la reina de la fiesta, y aquellos rayos, como las palomas que se posan en una cornisa de mármol, proyectaban su sombra á los ojos de Julia, y no así como quiera, sino que debajo de

esa sombra estaba escondiéndose aquella línea negra del párpado inferior que Julia se había pintado por la primera vez.

Este valioso préstamo de la luz de la estearina estaba dando á los ojos de Julia un valor sin límites de que ni ella misma se daba cuenta. Tenían sus ojos un fondo de pasión y de fuego tal, que la mirada habitual de Julia, de suyo penetrante y mal intencionada, tenía ahora un poder misterioso é irresistible. Tanto así influye en el dibujo el más ligero toque maestro en las líneas del ojo; tanto así está el pobre hijo de Adán en esta vida bajo la influencia de una línea de carbón y del toque de luz de una vela. Lo confesamos ingenuamente: los ojos de Julia aquella noche, por un conjunto de pequeñas causas, de esas que pasan desapercibidas para todos, eran unos ojos capaces, como el genio del mal, de conducir las almas por la senda del pecado. Con decir que el Chino, el pagador aquél, servicial é inofensivo y que era el factotum de la casa, se quedó alelado por largo tiempo

contemplando á Julia; y la contempló con tal ahinco que ésta no pudo menos de preguntarle:

—Qué me ve?

—Yo?

—Sí.

—Pues oiga V., dijo acercándose y metiéndose los cuatro dedos de la mano derecha entre el pelo, oiga V.... la verdad.... luego V. se enoja conmigo.... pero....

—Bueno; ¿qué, por fin? diga V. lo que quiera, hombre de Dios.

—Digo?

—Sí, sí, sí.

—Pues la verdad, la verdad, que está usted muy linda esta noche.

—De veras?

—Por vida de V.

—Vamos á ver, qué tengo de linda? preguntó Julia abriendo con las dos manos su abanico de plumas de marabú.

—Yo qué voy á decir sin que V. se ría de mí? y yo...

El pagador parecía conmovido.

—Y yo... continuó, yo también tengo gusto.

—Pues ya se vé, dijo Julia animándolo. Vamos á ver qué dice V. de mi vestido.

—No es eso lo de más; ese vestido lo lleva V. como una reina; pero la verdad, es otra cosa....

—Otra cosa, qué?

—Otra cosa la que.... la que me está poniendo triste.

—Triste! habráse visto!

—Sí, triste, la verdad.

—Pero qué es lo que le pone á V. triste *chinito*?

Este *chinito* produjo calofrío al pagador; salió de los labios carminados de Julia, entre las plumas de su abanico que se había acercado á la boca, y llevó hasta las tostadas narices del Chino, con el aliento perfumado de Julia, un torrente de aromas que hizo vibrar todos los ramos nerviosos de aquel desgraciado como con un contacto eléctrico, al grado que el Chino palideció y se le atoró la frase en la garganta.

Julia, que se había acercado para decirle

*chinito*, lo observó, y con esa penetración rapidísima de que sólo es capaz la mujer en estas ocasiones, lo comprendió y fingió en el acto no haberse fijado en todo aquello; pero para ella misma fué la palabra *chinito*, la clave de tan inesperada emoción.

—Siempre trato mal á este pobre, pensó Julia, y ahora que le dije *chinito* se ha conmovido. Se considera tan lejos de mí... Estoy bien, muchas gracias, se interrumpió, contestando al saludo de los diputados y de Rosalitos, que entraban en aquel momento.

—Me deslumbra V., dijo uno.

—Encandílese, contestó Julia, haciendo un guiño.

—Está V. elegantísima esta noche, agregó el otro diputado.

—Me lo acaban de decir; pero no había querido creerlo.

—Sabes, chico, que la Generala es un bocado de cardenal! le dijo un pollo á otro, bien seguro de que acertaba en su calificación.

—Tú crees?

—Vaya! Mira, voy á pedirle una danza.

—A que no.

—Lo vas á ver. Señorita, dijo acercándose á Julia, seré tan dichoso que me dé V. la otra danza?

—Cuál?

—La que sigue de ésta.

Julia se lo quedó viendo. El pollo tembló hasta que Julia dijo sí con un movimiento de cabeza.

—Mil gracias, dijo el pollo como si hubiera sacado el primer premio de matemáticas.

—Y cuál es la mía? preguntó el diputado predilecto, quiere decir, aquél de quien hemos dicho que había averiguado que Julia no era tan orgullosa como parecía.

En estos momentos comenzó la danza.

Julia se tomó del brazo del diputado... El General entró á la sala, el Chino se salió al comedor para destapar la primera botella de cognac, después de un soliloquio que concluyó por una idea negra. ¡Pobre paga-

dor! se refugiaba en el cognac como el perro sobre la basura.

El diputado por su parte abrió la sesión secreta de reglamento, y le bailó á Julia toda la danza en el oído. Julia aprobó la primera proposición con dispensa de trámites, y al pasar junto al General, que no podía disimular su mal humor, le dijo:

—Así me gusta! yo creí que no venías. Y antes de aguardar la respuesta, dió la vuelta de la media cadena de la danza, y quedó en dirección opuesta al General.

El diputado formuló voto particular en la forma de un apretoncito de mano, que Julia mandó agregar al expediente.

El diputado era un poquito más alto que Julia y tenía piocha; y como acababa de ser peinado en la peluquería para baile, el pícaro del peluquero le había cargado la mano de pomada húngara, para formarle punta en la barba; y esta punta no era ni rígida, ni tan sedosa que dejara de producir impresión en la epidermis del hombro izquierdo de Julia, al grado que ya dos veces ha-

bía sentido, según ella decía, la *muerte chiquita*.

Como los pescadores de perlas, Julia había recogido en la primera buceada dos impresiones notables: la palidez del Chino, y la puntita de la barba del diputado.

La sala aquella se había llenado sin saberse como; los concurrentes entraban y sin ceremonia se mezclaban en la multitud; había gente en la antesala, en el corredor, en la recámara de Julia, en toda la casa. El General se sorprendía de verse tan honrado, y conoció al primer golpe de vista que su papel era bien secundario; casi no conocía á nadie. Arrepentido de su condescendencia y cruzando con dificultad entre los concurrentes, le llevó al comedor la misma inspiración que había llevado al Chino. Allí se lo encontró delante de un vaso y de una botella de cognac.

—Un poco de cognac, mi General.

El general extendió la mano, y el Chino llenó medio vaso y se lo dió. El General tomó unos tragos, sin hablar una palabra, y

dirigió la vista en torno suyo. Al contemplar todo aquel aparato, criados de Fulcheri, cajas de vino, loza y cristal en abundancia, y tantas gentes que mandaban y trabajaban en aquella fiesta, pensó antes que en Julia y sus fantasías, en el agiotista que le anticipaba sus quincenas, y en dos libranzas que tenía cumplidas. Este ingrediente, un poco amargo, no había sido considerado en aquella ensalada de Noche Buena.

Entretanto Lupe y Otilia habían tenido ocasión de darse gusto. Otilia no tenía allí ni á su mamá ni á nadie de su familia; no tenía más que al alumno de la Preparatoria, con quien había bailado ya las dos danzas que se habían tocado.

Julia después de bailar no se cuidó ni del General ni de ninguno de los detalles domésticos, como correspondía á la *ama* de la casa. El baile era para ella y lo aprovechaba en todo lo que pudiera causarle alguna satisfacción. El diputado cuidó de tomar asiento junto á Julia, y se propuso formular dictamen acerca de aquellos ojos que las

luces de los candelabros y la línea de carbón aquella, acertaban á hacer tan interesantes.

El candelabro seguía enviando como una lluvia de oro sobre Julia. Su vestido de raso lanzaba reflejos como de relámpago que iban á bañar la cara del diputado y á dar doble interés á la elocuencia de sus frases; pero Julia, con esa puerilidad con que la mujer de mundo se paga de ligerísimos detalles, á falta de emociones, gastadas en fuerza de repetirse, se fijaba en la sombra que la punta de la barba del diputado proyectaba en la ancha pechera de su camisa de baile.

El General volvió del comedor y se paró frente á Julia. Esta lo contempló fijamente por breves momentos, pero al fin rompió un silencio que empezaba á hacerse embarazoso.

—Te veo de mal humor.

--No.... dijo el General, con un tono y un gesto que corroboraron la frase de Julia.

El diputado, con oportunidad parlamentaria, ofreció su asiento al General.

Este lo aceptó sin dar las gracias.

—Con que esas tenemos, le dijo Julia; es esa la manera de complacerme! Te has peleado con tu mujer? Pues mira, si allá te ponen de mal talante, no es justo que yo lo pague. Estamos?

—Es que....

—Es que... Te digo que estás muy fastidioso.

—Va siendo esa tu palabra favorita.

—No tengo yo la culpa.

—Pues quién?

—Tú. Te pesa lo que haces por mí. Es muy sencillo.... Mira, estúpido, estoy muy linda.

Un importuno se acercó á hablar con Julia para pedirle el wals.

El General sintió el dardo de las últimas palabras de Julia y se sumergió en un mar de cavilaciones que ennegrecían más y más su ánimo. Estaba viendo claro todo el tamaño de aquella calaverada, para la que, como hemos dicho, se necesitaba de todo el aturdimiento de la juventud, y el General no podía aturdirse ni con cognac de cinco ceros.